

y sueña acaso en los cerrados nidos  
de una isla fantástica y remota;  
esa escuchó, lejana como el eco  
del ósculo materno.... Y en las nubes  
que la virgen hollaba con su planta,  
vió, trémulo de amor, el labio seco,  
las alas agitar á los querubes,  
repitiendo á una voz: *¡oh Santa, Santa!*  
Santa maternidad clamó en su mente;  
y la forma, el altar, la nave, todo  
borró el incienso, y hasta el suelo mismo  
faltó á sus pies, y rápida corriente  
de viento en espiral le hurgó, de modo  
que se creyó lanzado en el abismo.

¿Caía ó se elevaba en el inmenso  
letárgico nublado del incienso?  
Quebrantados los músculos, oía  
crugir sus huesos, como cuerdas rotas  
sus nervios estallar en el vacío....  
....Miró de pronto despuntar el día  
y que se condensaba como en motas

de nieve el nubarrón, y tuvo frío.  
Quiso alzarse, no pudo; sobre el pecho  
sintió, al caer en lúgubre extravío,  
que un gigante le hincaba la rodilla,  
del postrimero hálito en acecho;  
dió un grito, como aullido de trailla,  
y despertando, se sentó en el lecho.

## II

Amanecía. En la entornada puerta  
de la celda, la luz, pálida y triste,  
tembló indecisa á su mirada incierta.

Entre la negra sombra que resiste  
al vago resplandor de la mañana,  
el sueño aún parece que persiste.

Á la de alba llamaba la campana....  
Quiso rezar, pero rezar no pudo....  
Brotó de nuevo la ilusión arcana.

Rígido estaba, estupefacto, mudo;  
el corazón cubría con las manos,  
como buscando en ellas un escudo.

Por sacudir sus pensamientos, vanos  
esfuerzos hizo con tenaz porfía. . . .  
¡Eran á cada instante más profanos!

Pensó en el beso conyugal, creía  
oir el que le diera la existencia,  
y más santo le hallaba todavía.

Vibraba como mágica cadencia  
algo en su sér, y meditaba en eso,  
sin escrúpulo alguno de conciencia.

¡Con qué grata emoción! Con qué embeleso  
pensó en la humanidad, con un profundo  
amor, y por los labios sintió un beso!

Era el enorme despertar fecundo  
de una alma por las zarzas detenida  
al levantar el vuelo por el mundo;

y la eterna protesta —esclarecida  
por la luz auroral, límpida y pura,  
de la Naturaleza y de la Vida.

Se sintió prolongado en la futura  
humanidad; miró como delito  
la castidad claustral, y hallóla impura.

No de placer liviano fué su grito;  
hubo algo de brutal en el espasmo,  
con un dejo inmortal de algo infinito!

Era el instinto triunfador; y el pasmo  
que embargó sus sentidos, de repente,  
impulsos le produjo de entusiasmo.

Y surgió éste por fin, vivo, candente. . . .  
¡Á la Naturaleza aquella injuria! . . . .  
Y se elevó hasta Dios, de gente en gente.

En su cuerpo ni un rastro de lujuria;  
ni una mancha, en el alma, de lascivia. . . .  
No era, no, su aspiración espuria.

Una corriente perfumada y tibia  
acaricia su testa pensadora,  
y serena su espíritu y le alivia.

Algo las cimas de su mente dora,  
bajo de un cielo trasparente y puro,  
cual cuna azul de inesperada aurora.

Y medita en huir del antro obscuro:  
será, si permanece, sacerdote;  
si recibe las órdenes, perjuro.

¿Deberá confesar aquel azote  
recibido en la carne sin mancilla,  
poniendo su piedad, de nuevo, á flote?

¡Nunca jamás! . . . Su alma —tan sencilla  
como una flor silvestre— se acobarda,  
y salta de la cama y se arrodilla.

¡Oh Dios! ¡Señor! Que en mis tinieblas arda  
la luz indeficiente del consejo. . . .  
Mi juicio es poco, mi conciencia tarda.

Con un rayo, ¡oh mi Dios! con un reflejo  
tengo para alumbrar mi vida. Santo  
Dios, ¿me aproximo á ti? ¿de ti me alejo?

¡Encúbreme, Señor, bajo tu manto!  
Tú que domas el mar embravecido,  
calma este afán en mí, ¡oh Dios, Dios Santo!

Me siento bueno, ¡oh Dios! no he delinquido.  
¿Esta revelación es cosa tuya. . . .?  
Si no lo es, apáguela el olvido.

¿Qué es á tus ojos grato, dí? ¿Que huya?  
La duda me doblega y acongoja,  
y no hay poder en mí que la destruya.

¡Oh Dios! Soy á tus pies como la hoja  
del árbol arrancada por el viento;  
ayúdame, Señor, en mi congoja.

¡Oh Dios, mi Dios, arranca el pensamiento  
de mi cerebro estéril! ¡Dios, Dios Santo!  
Vuélveme loco, ¡oh Dios! tu ausencia siento  
y en vano á Ti mi espíritu levanto!

### III

Como aves pensativas quedáronse sus dudas  
en el alero roto de su conciencia sola;  
y así le parecían, exóticas y mudas,  
las víctimas sin nombre que el fanatismo inmola.

¿Era tan malo el mundo? ¿La vida tan proterva?  
¿No era de Dios hechura? ¿No era su gloria misma?  
Y flotan en su alma, que el desencanto enerva,  
temores de castigo, y en el dolor se abisma.

Sus manos temblorosas buscaban el rosario;  
y con los labios pálidos decía: *Padre nuestro...*  
Sin continuar, oyendo la voz del campanario,  
lento, llamando á misa, fatídico, siniestro.

*Huir*, dijo muy quedo. ¡Oh, no! Yo necesito  
la confesión.... ¿Y, cómo hacerla? No podría.

Inmóviles sus dudas le miran de hito en hito,  
y, en tanto, iba creciendo la claridad del día.

*Huir*.... ¿pero y el mundo? ¿La guerra? Su memoria  
la muerte de su padre prodújole en retablo.  
*No, no, la Iglesia siempre, la Iglesia con su gloria,*  
y por la vez primera pensó: *¡Si será el diablo!*

Se persignó. No era. Estaba bien seguro....  
¡Nombrar él á su madre! ¡Nombrar al viejo cura!  
¡Diciéndole al oído: *pudieras ser perjuro;*  
*eres una alma buena, eres una alma pura!*

Y con los brazos flojos, caída la cabeza,  
pensó en sus timideces para decir lo cierto;  
moviendo en sus entrañas la gran Naturaleza  
todo lo que hubo antes, callado y encubierto.

En su dolor entonces sintió como un deleite;  
vaga fruición de ensueño del porvenir le embarga;  
y crece como crece la mancha del aceite,  
y arroja del escrúpulo la fatigosa carga.

*Huir....* Es tiempo, es tiempo. Huir mejor anhela,  
que confesar de frente. ¡El padre es tan severo!  
¡Si Dios no quiere eso!.... y mira cómo vuela  
de dudas el enjambre, las aves del alero.

Sintió en el pensamiento como rumor de olas;  
sintió dentro del pecho como batir de alas;  
y vió triunfante, en medio de blancas aureolas,  
la juventud despierta, la vida con sus galas.

Miraba en sus ensueños un ángel prepotente,  
bañado en los colores brillantes del lucero,  
que con acento grave le dijo, frente á frente:  
*¡Levántate y camina! Levanta, yo lo quiero!*

*¿No ves cómo las flores se abren á la brisa  
que baten resonantes los élitros de oro?  
¿No ves las golondrinas besarse en la cornisa,  
que asombra con sus ramas el viejo sicomoro?*

*¿Por qué, por qué mutilas las leyes misteriosas  
que hasta los astros cumplen con rítmico concierto?*

*Creado por Dios todo, los seres y las cosas,  
se va al amor la vida, como la nave al puerto.*

Sonaban las palabras del ángel en la estancia  
cual música no oída de la celeste esfera;  
y se espaciaba en ella la prístina fragancia  
de los botones que abre la nueva primavera.

¿Qué mano oculta pudo matar en un momento  
la luz resplandeciente de la visión divina?....  
De nuevo entre las sombras escúchase el acento  
del ángel que repite: *Levántate y camina!*

Y giran las tinieblas en loco torbellino;  
y aquella tromba negra le arrastra sin rumores,  
mientras en las cornisas y en el jardín vecino,  
bañándose en las ondas del aire cristalino,  
los pájaros exhalan sus cánticos de amores.

IV

Salmodiando en redor de pobre lecho  
en que reposa viejo franciscano,  
al toque lento y grave de agonía,  
con las manos cruzadas sobre el pecho,  
fijos los ojos en el noble anciano,  
una turba de monjes repetía  
el Credo por el alma del hermano.

Cesaban á las veces las plegarias;  
y aquel doliente grupo taciturno,  
rendía al moribundo justas parias  
de fiel admiración. En el nocturno,  
leve viento, un rumor de hojas y voces  
ensayaba llevar algún consuelo  
del paciente á los débiles oídos:  
«Que del Señor la venturanza goces.  
«Es una alma nacida para el cielo.

«Siempre fuiste sostén de los caídos.  
«Vaso de bendición y de pureza.  
«Relicario de fe, urna de gloria.  
Ejemplo en esta vida transitoria....»

De repente el enfermo la cabeza  
levantó; y los monjes, á su vista,  
quedaron con el ánimo suspenso.

*Yo soy de Satanás una conquista!*  
dijo en acento ronco, pero inmenso.  
*«Nada ha sido verdad. Hoja caída  
del árbol del amor fui, por las artes  
del fanatismo secular; y ahora  
miro lo estéril de mi triste vida;  
y que llevé conmigo, á todas partes,  
la palabra fanática, impostora;  
no el agua de la fuente apetecida.  
Alma cándida fui como el armiño  
y criada por Dios para la santa  
vida del Universo.... ¡Cómo sueñan  
en su cuna purísima de niño*

*los espíritus todos, cuando canta  
la juventud! ¡Oh Dios!... Como despeñan  
sus diáfanas linfas las corrientes,  
fué despeñada mi alma por la mano  
que una ambición sin límites inspira;  
y como corren sucios los torrentes,  
atravesé por el acervo humano,  
mascando y escupiendo la mentira....  
...Nunca me dejó Dios, hasta el instante  
en que no le escuché, y, ciego y loco,  
oí á los hombres de su faz delante;  
y hoy al morir, por su piedad le invoco,  
por su misericordia sin medida....  
¡Soy réprobo de Dios —dijo anhelante,—  
de la Naturaleza y de la Vida!»*

.....

Rodó la voz siniestra con el alma,  
azotando los rostros contraídos  
de los monjes inmóviles.... La calma  
fué inundando la celda lentamente....  
Comenzaban los cantos en los nidos,

alzaba su monólogo la fuente,  
despertaban los pétalos dormidos,  
á la de alba llamaba la campana;  
y cayó del cadáver en la frente,  
opacando los cirios encendidos,  
nimbo de oro, la luz de la mañana.

